

PRÓLOGO

Quisquis ardua turrium miraris culmina

Desde finales del siglo XVII y hasta no hace muchos años, la inscripción monumental cuyo inicio encabeza estas líneas, que recuerda la supuesta construcción —reconstrucción o restauración— de una puerta monumental de la muralla de *Carthago Spartaria* impulsada por el patricio *Comitiolus* —o *Comenciolus* según la lectura visible en la actualidad— ha constituido prácticamente el único documento material incuestionable de la presencia de las tropas imperiales en la Península Ibérica, en el marco del ambicioso proyecto de restaurar las viejas fronteras del Imperio romano impulsado por Justiniano.

Sin embargo, y a pesar de las limitadas evidencias, la presencia bizantina en la Península Ibérica ha sido uno de los temas recurrentes de la investigación arqueológica española. Las fuentes escritas nos transmiten las causas, aparentes, del desembarco de los *milites Romani* hacia mediados del siglo VI d.C., en el marco del enfrentamiento entre Agila y Atanagildo (HG, 47), quien habría pedido ayuda al emperador de Oriente para derrotar al primero. Pero al margen de esta escueta información, poco más nos aportan los textos, salvo algunas referencias más o menos indirectas y relacionadas con episodios de carácter bélico o eclesiástico, que permiten establecer un marco cronológico general y delimitar el ámbito territorial aproximado bajo dominio bizantino, extendido sobre una franja de límites variables e imprecisos —no fronteras— del mediodía/sureste peninsular. Con este escaso y ambiguo bagaje la investigación moderna, ha pretendido restituir su entidad, articulación de la defensa de los territorios sometidos, administración, organización, etc. Los trabajos pioneros de F. Görres, y, sobre todo, de P. Goubert, de mayor profundidad y trascendencia, sobre distintos aspectos de la Hispania bizantina, preludiarán el primer intento de síntesis, por desgracia no publicado hasta 2003, de F. J. Presedo, defendido como tesis doctoral en 1954, y que supuso el primer intento de abordar de forma global el problema de la presencia bizantina en la Península Ibérica, si bien elaborado casi de forma exclusiva a partir de las escasas fuentes literarias. No obstante, y a pesar de los avances producidos por estos estudios, en gran parte de carácter filológico, la presencia bizantina en el solar peninsular, quizás por su propio carácter efímero, no dejará de ser un mero apéndice, casi un episodio anecdótico, en

las historias de la tardo-antigüedad hispana, centrada, sobre todo en el mundo visigodo y en el reino de Toledo. Un impulso decisivo para la revitalización de esta parcela de investigación vendrá constituido por la tesis doctoral de M. Vallejo, que expurga con rigor los datos literarios, tanto desde el lado visigodo como bizantino y comienza a definir sobre bases más precisas las características de la Spania bizantina. Desde el momento de su publicación en 1993 la obra se convertirá en un punto de partida y referencia para cualquier estudio posterior. No obstante, y a pesar del notable avance que representan los trabajos citados, todos adolecen de la escasa atención prestada a los testimonios materiales, que a lo sumo se concreta en aspectos artísticos relacionados con las «influencias bizantinas» en la arquitectura religiosa, orfebrería y toréutica. Falta la evidencia arqueológica que corrobore los datos literarios, una dificultad derivada de la escasez de contextos cerámicos bien datados y que con seguridad se puedan asociar a este período. La dificultad, por su propia naturaleza y consistencia, de individualizar desde el punto de vista arqueológico este corto periodo de tiempo, al carecer, hasta fechas relativamente recientes, de fósiles directores inequívocos retrasa la caracterización. Sólo la progresiva sistematización de las ánforas tardías y las producciones de mesa norteafricanas, en parte fruto de excavaciones emblemáticas como Crypta Balbi en Roma, a la que se añaden pronto otros enclaves como San Antonino di Perti, Marsella o la propia Cartago, facilitarán, ya en las dos últimas décadas del siglo XX y tras los trabajos emblemáticos y pioneros de J. Hayes, A. Carandini y S. Keay, una definición más precisa de estos niveles tardíos, que empiezan, por otra parte, a ser identificados en la propia *Carthago Nova*, señalada por la famosa inscripción de *Comitius, magister militum Spaniae*, hallada en el centro de la ciudad a finales de siglo XVII, como una de los enclaves estratégicos o plazas fuertes de los dominios bizantinos de «Spania».

Casi al mismo tiempo, los trabajos arqueológicos de urgencia acometidos en 1982 por el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena en un solar de la C/ Soledad, en la falda occidental del Cerro de la Concepción, permiten diferenciar, por primera vez en la ciudad, las formas más tardías de la terra sigillata africana D, características de pleno siglo VII, y revisar con nuevos planteamientos, los materiales cerámicos depositados en los fondos del mismo Museo de cronología aparentemente similar. Fruto de estos trabajos será la tesis de licenciatura de Rafael Méndez Ortiz, (1985), dedicada, en gran parte, al estudio de la vajilla de mesa hallada en la Plaza de los Tres Reyes, parcela excavada en 1968 por P. A. San Martín, donde por primera vez nos acercamos a producciones cerámicas hasta entonces desconocidas para nosotros como la «Late Roman C» o «Late Roman D», que una vez identificadas se convertirán en piezas distintivas de los estratos de cronología tardía en la ciudad, al igual que sucederá años más tarde con los «Late Roman Unguentaria», para la definición de los niveles de plena época bizantina. Esta primera investigación debía constituir el germen de un estudio más completo sobre la cerámica de los siglos IV al VII en Cartagena, que no pudo llevarse a término al fallecer de forma prematura su autor en un desgraciado accidente. Paralelamente, se comenzó a plantear el tema de la presencia y entidad de los bizantinos en la ciudad, alentados por el cada vez más elevado número de contextos materiales de ese momento, hallados sobre todo en rellenos de fosas y vertederos, que, de alguna manera, venían a refrendar los datos aportados por la inscripción del antiguo convento de La Merced. Precisamente, la asociación de algunos de estos contextos materiales a los imponentes muros de sillares de arenisca descubiertos en las calles de la Soledad y Orcel, que se prolongaban en dirección norte-sur, y el texto de la inscripción constituyeron el principal argumento para identificar dichos paramentos con una posible muralla de época bizantina, de alguna forma recordada por el famoso epígrafe. Solo la excavación de un barrio de carácter

portuario sobre las ruinas del teatro en la ladera occidental del Cerro de la Concepción, permitió corregir el equívoco, reinterpretar todos estos restos y comenzar a vislumbrar otros aspectos relativos a la fisonomía, evolución y entidad de la ciudad en las postrimerías de la antigüedad. La publicación de los primeros resultados supuso una llamada de atención a la investigación y contribuyó a relanzar el interés por este episodio de nuestra historia antigua entre la investigación moderna. Fruto en parte de este renovado interés fue la celebración en Cartagena en 1998 de la V Reunión de Arqueología Cristiana Hispana dedicada especialmente a la presencia bizantina en la Península Ibérica, y con la sesión más extensa centrada en «La realidad histórica y la arqueología bizantina del Mediterráneo Occidental: núcleos urbanos y territorios».

En este marco y con estos antecedentes, convenimos centrar junto al recién y brillante licenciado Jaime Vizcaíno el proyecto de investigación para su tesis doctoral en el estudio de la presencia bizantina en Hispania, incidiendo sobre todo en las evidencias de carácter material. El preludio de dicho trabajo fue su tesis de licenciatura, leída en el año 2003 con el título «Carthago Spartaria en época bizantina. La documentación arqueológica», centrada en el análisis minucioso del barrio instalado sobre las ruinas del teatro, donde el autor demostró ampliamente su capacidad de análisis y reflexión, así como excepcionales cualidades para la investigación.

Paralelamente, la identificación de contextos materiales de naturaleza y cronología similar a los de Cartagena en otras poblaciones costeras del mediodía peninsular como Málaga y Algeciras o, en la orilla opuesta, Ceuta bajo la órbita de los *romaioi*, así como en otros puntos de menor entidad dispersos del cordón litoral mediterráneo, y un conocimiento más preciso de esta fase en la franja septentrional costera de la tarraconense y en el interior peninsular, comenzó a ofrecer la posibilidad de analizar la evolución de estos territorios, en un momento muy concreto, bajo una perspectiva arqueológica, comparando la composición del registro arqueológico en áreas bajo una autoridad política diferente, al tiempo que permitían replantear los canales de difusión de las producciones orientales y africanas y el volumen e intensidad con que se comercializan en las distintas regiones peninsulares.

Con todas estas premisas se planteó la obra, que preludian estas páginas, en un intento de definir e individualizar los contextos materiales de época bizantina en el ámbito peninsular y de buscar la posible especificidad de estas regiones frente a otras regiones peninsulares dominadas por la monarquía visigoda¹. Se trataba, también, de completar la visión ofrecida del tema por la investigación anterior, centrada, en especial, en los aspectos de carácter histórico, deducidos a través del análisis de las fuentes y determinar, hasta que punto, la arqueología y los aspectos materiales podían refrendar o refutar ideas propuestas y durante mucho tiempo arraigadas en la historiografía española y extranjera. Además, la comparación de los parámetros establecidos para el caso hispano con los de otros territorios del Mediterráneo bajo dominio imperial debía permitir determinar si existe un modelo específico de la dominación bizantina y las similitudes y diferencias frente al patrón oriental, africano o italiano, mejor conocidos y definidos gracias a los emblemáticos trabajos de Ch. Diehl o D. Pringle, para el caso africano o los más recientes de E. Zanini para la zona adriática.

1 Los planteamientos del trabajo y la discusión previa se concretan y establecen en el artículo «Bizantinos en Hispania. Un problema recurrente en la arqueología española», que publicamos en *Archivo Español de Arqueología*, 75, 2002, y que sirvió de punto de arranque y reflexión para determinar la problemática, el estado de la cuestión y los distintos puntos a abordar en la investigación.

En este sentido, los restos arqueológicos que podemos adscribir a este momento, y que de forma detallada enumera y describe el trabajo de Vizcaíno, muy poco tienen que ver con las grandes construcciones religiosas de la Italia bizantina, e incluso iglesias como la de Aljezares tradicionalmente incluida dentro del período de soberanía bizantina, presenta muchas dudas respecto a su adscripción cronológica; tampoco se aprecia para el caso hispano un cuidado programa de fortificaciones y recuperación urbana como se observa en el norte de África. Por el contrario, la imagen que presentan la arqueología, como de forma reiterada señala el autor de esta obra, es de modestia y de continuidad dentro de la lógica evolución y metamorfosis que afectan a muchas de nuestras ciudades desde el siglo III, e incluso antes, donde la reducción de los perímetros urbanizados y habitados y la reutilización de material de construcción en las reformas edilicias o nuevas edificaciones es una constante. Sin embargo, esta aparente modestia, no debe llevarnos a minimizar, e incluso negar, la intervención bizantina en el solar hispano, aunque realmente, el número de efectivos destinado a dicha tarea, nunca debió ser elevado. Las fuentes escritas son en este sentido explícitas, aunque también, como ya se ha señalado, imprecisas o ambiguas, pero la continuidad, e incluso la intensificación de las relaciones comerciales y los intercambios con Oriente y, sobre todo, el norte de África, es incuestionable, aunque tampoco sea un fenómeno exclusivo de los territorios bajo la égida de Bizancio.

Todas estas cuestiones son desarrolladas con gran rigor y profundidad en esta obra, que trasciende los límites de la mera individualización y descripción de los contextos materiales que se asocian al período de dominio bizantino en Hispania, para convertirse en una auténtica reflexión sobre el modelo de ciudad que define la tardo-antigüedad, las transformaciones que sufren los edificios más emblemáticos de la ciudad romana del siglo I y los grandes espacios públicos que configuran su urbanismo, los cambios que se generan, las causas y consecuencias, a través de un exhaustivo análisis de todos los núcleos urbanos entre Septem y Denia, englobando ciudades que, sin duda se hallaron bajo control bizantino y otras que, si bien se ha supuesto o defendido en distintos momentos, se hallaban bajo la órbita toledana, o incluso, como en el caso de Córdoba, en una posición de indefinición entre ambas esferas de control. Al mismo tiempo, se abordan otros temas como la economía, el comercio, uso y función de la moneda, y el significado de temas controvertidos como el de bizantinismo.

Así, parafraseando el encabezamiento de la inscripción que preludia estas líneas, *quien quiera que seas admiraras* la obra que tienes en tus manos, que recoloca la presencia bizantina en el lugar que le corresponde en la historia de la Península Ibérica. A partir de ahora la intervención de los *milites romani* en el extremo Occidente y su repercusión se podrá valorar desde nuevos planteamientos y con un cuantioso corpus documental no sólo de carácter literario sino también material. La trascendencia del estudio y su gran aportación a los estudios históricos ha sido refrendada por la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, que concedió a la tesis doctoral que constituye el núcleo central del libro, el Premio a la mejor tesis de 2007, financiando además una parte importante de esta edición, que acoge, como número monográfico, la serie *Antigüedad y Cristianismo*, publicada por la Universidad de Murcia. Con estas últimas líneas quiero agradecer como lector el esfuerzo realizado por ambas instituciones para que la obra se haya podido publicar en toda su integridad.

Sebastián F. Ramallo Asensio